

Amelina Correa Ramón
 Universidad de Granada

EL SIGLO DE LAS LECTORAS

El XIX puede considerarse, sin lugar a dudas, el siglo de las lectoras, puesto que será esta centuria la que contemple el principio del acceso masivo de las mujeres a la letra impresa²⁴.

La recepción femenina de la literatura —entendida ésta en su más amplio sentido— será un fenómeno tan significativo que las protagonistas de algunas de las principales novelas decimonónicas exhibirán una personalidad sustancialmente modelada por la lectura. Hasta el punto de que, para Ana Ozores, "La idea del libro, como manantial de mentiras hermosas, fue la revelación más grande de toda su infancia. ¡Saber leer! Esta ambición fue su pasión primera"²⁵. La Regenta, en efecto, leerá con ferviente anhelo cualquier texto que caiga en sus manos. Haciendo enseguida suyo el contenido del mismo, e integrándolo en su devenir cotidiano, conseguirá proyectar su exaltada imaginación sobre una realidad que se le antoja literalmente un "páramo inhabitable"²⁶. De este modo, podrá vislumbrar a don Álvaro Mesía como un caballero de leyenda, o como el don Juan de Zorrilla; sus impulsos místicos nacerán de igual modo de la arrebatada lectura de las *Confesiones* de San Agustín o de Santa Teresa de Jesús; la representación del *Tenorio* le hará desear una vida nueva en otro mundo menos monótono y prosaico; e incluso las pesadillas que perturban sus inquietos sueños se presentarán tamizadas bajo el velo de lo literario, pues reconoce en un subterráneo onírico que la atormentan "las catacumbas, según las descripciones románticas de Chateaubriand y Wiseman"²⁷.

Casi tres décadas antes, Gustave Flaubert ya había conformado el carácter de Emma Bovary a partir de las influencias que en ella obraron numerosas lecturas que, como solía ser habitual en las jóvenes de la época, conjugaban los libros religiosos y devocionales con los relatos de ficción, muy en especial novelas, pero también poesía romántica. Ambas mujeres, Madame Bovary y Ana Ozores, se exaltan con el *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand, y acompañan sus primeros sentimientos con la cadencia de los versos de Lamartine²⁸.

²⁴ Si bien es verdad que se trata de un fenómeno ya iniciado en las últimas décadas del siglo XVIII, como constata Urzainqui, Inmaculada, "Nuevas propuestas a un público femenino [Siglo XVIII]". *Historia de la edición y de la lectura en España 1472-1914*, ed. Víctor Infantes, François Lopez, y Jean-François Botrel, Madrid, Fundación Germán Sánchez Rupérez, 2003, pp. 481-490.

²⁵ Alas, Leopoldo, *Clarín, La Regenta*, ed. Juan Oleza, Madrid, Cátedra, 1996. I, p. 251.

²⁶ *Ibidem*, II, p. 273.

²⁷ *Ibidem*, pp. 190-191.

²⁸ Cuando la adolescente Emma Bovary se encuentra ingresada en el convento, "Al atardecer, antes de la oración, se hacía en clase una lectura piadosa. Consistía ésta [...] los domingos, en pasajes del *Genio del Cristianismo*, como solaz" (Flaubert, Gustave, *Madame Bovary*, introd. y trad. Juan Sales, Barcelona, Planeta, 1982, p. 36). Por su parte, Ana Ozores, buscando en el venerado tesoro

Será la propia literatura, en efecto, la que prestará atención desde muy pronto al cada vez más extendido fenómeno de la mujer lectora, que tampoco pasará desapercibido para las artes plásticas. Así, numerosas obras pictóricas de la época van a retratarla con frecuencia sola, pero a veces en compañía también femenina, leyendo un libro, abismada en sus páginas o sosteniéndolo en actitud soñadora. Son imágenes que recrean una escena íntima, que reproducen un rito cada vez más frecuente en la clase burguesa, aun a pesar de los todavía bajos índices de alfabetización²⁹. "Interior", de José Martí Garcés, "Novela romántica", de Santiago Rusiñol, o la ilustración que Ramón Casas realizase para la cabecera de la revista *Pèl & Ploma*, son tan sólo algunos de los múltiples ejemplos que se podrían aducir³⁰, sin salir del ámbito español, y que además se reprodujeron insistentemente en las revistas ilustradas del momento³¹.

De hecho, podría afirmarse que "El hábito de recepción de la literatura tuvo más importancia de lo que comúnmente se reconoce para la construcción de la identidad femenina"³², y ese uso se forjó fundamentalmente a lo largo del siglo XIX. Fueron numerosas las autoras que reconocieron la importancia de la lectura en su formación, no sólo como escritoras, sino como seres humanos y personas instruidas. Aquellas que disfrutaron del privilegio de poseer una biblioteca fami-

que para ella significaba la biblioteca de su padre, "halló el *Genio del Cristianismo*, que fue una revelación para ella. Probar la religión por la belleza, le pareció la mejor ocurrencia del mundo. Si su razón se resistía a los argumentos de Chateaubriand, pronto la fantasía se declaraba vencida y con ella el albedrío" (I, p. 269). En cuanto a la juvenil influencia de Alphonse de Lamartine, cuando falleció la madre de Emma, ella "se dejó arrastrar por los meandros lamartinianos, escuchó en espíritu todas las arpas sobre todos los lagos, todos los cantos de cisnes moribundos" (p. 39). Mientras tanto, Ana Ozores escribe un adolescente cuaderno de versos que es calificado por el marqués de Vegallana de "imitaciones de Lamartine en estilo pseudoclásico" (I, p. 302).

²⁹ De hecho, según el tomo correspondiente al año 1920 del *Anuario Estadístico de España* editado por el entonces Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, el porcentaje de habitantes que no sabían leer ni escribir se elevaba en 1860 al 75,52 % del total de la población, de los cuales más de la mitad (el 57,47 %) eran mujeres. El índice de analfabetismo va reduciéndose paulatinamente con el paso de los años, de manera que en 1877 es del 72,01 %; en 1887, del 68,71 % y en 1900, del 63,78 %, mostrando siempre un desequilibrio numérico a favor de los varones [Cf. *Anuario Estadístico de España*, VII (1920), Madrid, Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, 1922. p. 360].

³⁰ "Interior", de José Martí Garcés de Marcilla (1880-1932), es una pintura muy interesante, que presenta una biblioteca privada en cuyo centro se sitúa una mesa con un atril y varios volúmenes, algunos de gran formato. De pie, apoyada en ésta, una joven elegantemente ataviada lee ensimismada las páginas de un libro abierto ante sus ojos. Por su parte, "Novela romántica", de Santiago Rusiñol, es un cuadro fechado hacia 1893-1894, en el que una mujer joven vestida de negro, en apariencia perteneciente a la alta burguesía, está sentada en un sillón ante una chimenea encendida y sosteniendo un libro abierto entre las manos, mientras dirige claramente su mirada al espectador. Por último, la conocida imagen de una mujer con una pluma en la mano, apoyada en una mesa de trabajo llena de libros, papeles y una paleta de pintor, que diseñara en 1899 Ramón Casas para la revista barcelonesa *Pèl & Ploma*, de la que fuera director artístico e ilustrador, se acabaría convirtiendo en una de las enseñanzas del modernismo catalán.

³¹ En este sentido, cf. Sanmartín, Rebeca y Bastida, Dolores, "La imagen de la mujer lectora en la segunda mitad del siglo XIX: *La Ilustración Española y Americana* y el *Harper's Weekly*", *Salina. Revista de Lletres* (Tarragona), 16 (noviembre 2002), pp. 129-142.

³² *Ibidem*, p. 129.

liar³³, pudieron deleitarse con facilidad desde su infancia en lo que cada vez más se concebía, simultáneamente, como un placer y una necesidad intelectual, especialmente acuciante en su situación puesto que, como es bien sabido, la educación de la mujer resultó verdaderamente deficiente a lo largo del siglo, aunque comenzara a percibirse alguna mejoría con las reformas de inspiración krausista que tuvieron lugar a partir de 1868³⁴.

Así, nombres como los de Carolina Coronado, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Emilia Pardo Bazán o Concepción Arenal respondían, en buena medida, al de creadoras autodidactas que se beneficiaron de un cómodo acceso a los libros desde su propio entorno familiar, o en ámbitos cercanos. Algunas de ellas, como la madrileña Joaquina García Balmaseda, no dudarían en aconsejar vivamente a sus contemporáneas la práctica de tan beneficioso hábito, íntimamente convencidas del enriquecimiento personal que ello supondría, por haberlo experimentado desde su niñez:

La lectura ha sido la pasión de mi espíritu: a ella he debido las horas más gratas de mi vida, los triunfos más halagüeños de mi carrera. [...] ¡Cuántas lecturas que fueron en mi infancia recreo de mis padres, se han convertido en rico manantial de conocimiento, señalándome estudios que nunca hubiera soñado mi modestia! Recomendar, pues, a las jóvenes el arte de la lectura es mi deber y gratitud [...]³⁵.

Otras autoras, debido a sus circunstancias socio-económicas menos favorables, tuvieron sin embargo la fortuna de adquirir, de una u otra manera, el don de la lectura, transformando de este modo su existencia y su percepción del mundo. Es el caso de la sevillana Amalia Domingo Soler, quien relatará en sus *Memorias* cómo su propia madre comenzó a enseñarle a leer desde los dos años, consiguiendo hacerlo correctamente a partir de los cinco merced a ese estímulo materno que demostraría una concienciación nada frecuente en la época³⁶. La

³³ En la configuración de los espacios domésticos de las viviendas de la clase media y, sobre todo, de la clase alta, adquirió una especial importancia la biblioteca, como estancia independiente destinada tanto a contener materialmente los libros como a servir de lugar idóneo para su lectura. Además, como explica Jesús A. Martínez Martín, éstas fueron entendidas no sólo "como retiro intelectual o profesional, privado, de lectura silenciosa e individual, sino que desempeñaron también un papel de sociabilidad cultural: un espacio para ser exhibido y valorado como capital simbólico. De ahí que más que los espacios, cambiaron las formas de lectura" [Martínez Martín, Jesús A, "La circulación de libros y la socialización de la lectura. Nuevos públicos y nuevas prácticas", *Historia de la edición en España (1836-1936)*, dir. Jesús A. Martínez Martín, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 465].

³⁴ Cf. Ballarín, Pilar, "La construcción de un modelo educativo de 'utilidad doméstica'", *Historia de las mujeres*, dir. Georges Duby y Michelle Perrot. IV: *El siglo XIX*, dir. Geneviève Fraisse y Michelle Perrot, trad. Marco Aurelio Galmarini, Barcelona, Círculo de Lectores, 1993, pp. 598-611 y Flecha García, Consuelo, *Las mujeres en la legislación educativa española: Enseñanza Primaria y Normal en los siglos XVIII y XIX*, Sevilla, Gihus, 1997.

³⁵ García Balmaseda, Joaquina, "La lectura en la mujer", *El Correo de la Moda* (Madrid), (26 de abril de 1880), p. 123.

³⁶ Cf. Domingo Soler, Amalia, *Memorias de la insigne cantora del espiritismo Amalia Domingo Soler*, Barcelona, imp. "La Luz del Porvernir", 1913, p. 32; y Correa Ramón, Amelina, "Librepensamiento y Espiritismo en Amalia Domingo Soler, escritora sevillana del siglo XIX", *Archivo Hispalense* (Sevilla),

escritora recuerda así mismo, empleando para ello un elocuente vocabulario, que "Desde niña atraían poderosamente mi atención las grandes librerías, y entraba en ellas con religioso respeto"³⁷. Careciendo de colecciones impresas en la casa humilde donde crecería, Amalia Domingo mantendría durante toda su vida ese fervor casi espiritual hacia las bibliotecas, y así, cuando muchos años más tarde tenga ocasión de visitar la perteneciente al erudito Leopoldo Augusto de Cueto, declarará impresionada que había dudado por un momento si postrarse de rodillas ante "aquel magnífico santuario de la sabiduría humana"³⁸.

Se debe observar, además, en relación con el acceso al libro por parte de la mujer en el siglo XIX, un doble cambio de actitud que, si bien afectó a la generalidad de la población, resultó especialmente significativo en lo concerniente al sexo femenino. Por un lado, se desarrolló masivamente la lectura silenciosa e individual³⁹, aunque no se acabó de abandonar del todo la que tradicionalmente se realizaba en voz alta y con carácter colectivo⁴⁰. Pero en la época decimonónica, este ejercicio se va a concebir principalmente como un acto de -casi- ritual intimidad, ligado a la esfera privada de la existencia⁴¹. Por otro lado, el fenómeno de la lectura "intensiva" dejará paso claramente a la denominada "extensiva". Es decir, el ámbito lector es ahora más variado, diversificado y ecléctico⁴². En lugar

LXXXIII, 254 (septiembre-diciembre de 2000), pp. 75-102. Para comprender los usos lectores de la autora, cf. el siguiente texto perteneciente a su relato "Mis ideales": "Yo he leído mucho, muchísimo en este mundo. A los diez años conocí el valor de lo que leía, y durante cuatro lustros he hojeado toda clase de libros, llegando a familiarizarme tanto con las novelas, crónicas, memorias, impresiones, historias y relatos de viajes, que al comenzar a leer un volumen, por el prólogo deducía cuál sería el epílogo" (Domingo Soler, Amalia, "Mis ideales", *Cuentos espiritistas*, ed. Amelina Correa Ramón, Madrid, Clarín, 2002, p. 60).

³⁷ Domingo Soler, Amalia, "¡Antes morir que matar!", *Sus más hermosos escritos*, Barcelona, Maucci, s.f. [1923?], p. 115.

³⁸ *Ibidem*. A continuación la propia autora añadirá: "Nunca he olvidado aquel salón en el que *todo* hablaba; allí se respiraba una atmósfera distinta, y en ninguna de las Catedrales que he visto, he sentido aquella religiosidad y admiración" (*Ibidem*).

³⁹ En efecto, en el siglo XIX se extendió "la relación íntima, individual y silenciosa con el libro. La lectura tendió a realizarse con la vista, a solas con el libro y en un espacio privado. [...] Al mismo tiempo se trató de un tipo de lectura más rápida acoplada cada vez más a la proliferación de libros" (Martínez Martín, Jesús A. "La circulación de libros y la socialización de la lectura. Nuevos públicos y nuevas prácticas", p. 465).

⁴⁰ La lectura individual y silenciosa será un fenómeno de implantación básicamente urbana, relacionado con las clases medias y altas. En las zonas rurales, así como en las capas populares de las ciudades, donde el índice de analfabetismo era elevado, la lectura continuó constituyendo un acto colectivo y de carácter oral.

⁴¹ Situación que enseguida recogerán las artes plásticas, como ya se ha tenido ocasión de adelantar.

⁴² José Antonio Pérez-Rioja informa en su estudio *Panorámica histórica y actualidad de la lectura* acerca de la masiva demanda de textos de ficción durante el siglo XIX, y concreta los intereses del público lector de la segunda mitad del siglo en una serie de tendencias, predominantemente pertenecientes al género de la narrativa: "seguirían leyéndose en España las novelas históricas (Gil y Carrasco, Larra, Navarro Villoslada, Walter Scott); las levemente realistas o bien costumbristas de Fernán Caballero (*La Gaviota*, *La familia de Alvareda*, *Clemencia*, *Un verano en Bornos*), así como los cuentos populares de Antonio de Trueba; la incipiente novela psicológica (Stendhal); la folletinesca (Sué, Montepin, Fernández y González); la epistolar (ya iniciada con el *Werther*, de Goethe, la *Nueva Eloísa*, de Rousseau y el *Jacopo Ortis*, de Foscolo, y continuada entre nosotros por Galdós, en *La estafeta romántica* y por Valera en *Pepita Jiménez*); la realista y naturalista (Galdós, la Pardo Bazán, Octavio Picón, Clarín en *La Regenta*, etc.); la poesía (Victor Hugo, Bécquet, Espronceda o el prosaico y aburguesado Campoamor); y, en fin, el teatro

de las reiteradas lecturas en torno a un único volumen, o a un escaso número de títulos leídos y releídos sin cesar a lo largo de la vida de cualquier individuo, ahora el lector —o, en el caso que nos ocupa, la lectora— “multiplica los textos, sólo los lee una vez y, en consecuencia, necesita una organización que ponga a su disposición la producción de libros, que crece sin cesar. A partir de ahí, la lectura funciona como una verdadera institución social”⁴³.

Y así sucedería, pues la industria editorial crecía imparable a lo largo del siglo XIX, adecuándose a los nuevos y cada vez mayores requerimientos de los usuarios. Sabedores del sector emergente que iban a representar las mujeres, tanto los editores como los propios autores se esforzarían por adecuarse a sus gustos y a sus necesidades, con el objetivo de captar la atención de esta nueva clientela. La oferta destinada al público femenino se multiplicará, y enseguida se encuentran a su disposición en el mercado toda una serie de publicaciones dirigidas exclusivamente a ellas.

Por su parte, la literatura de ficción, demandada en una proporción creciente, hallará pronto un sistema de publicación conveniente para los tres sectores implicados: autores, lectores y editores. Consistirá éste en las “novelas por entregas”, que se presentarán como una de las mejores posibilidades que ofrece el mercado editorial abaratando los costes de producción, lo que repercutirá en el precio final de venta al público, multiplicando de este modo la oferta de una forma exponencial⁴⁴. Asociado a este fenómeno, la adquisición de “novelas por suscripción” constituyó también otra práctica extendida a partir de la década de los años cuarenta, y contará entre su público con numerosas y entusiastas consumidoras de folletines y relatos por episodios.

Aun así, no se puede perder de vista que, si bien el siglo XIX contempla este importante acceso de las mujeres a la lectura, no resulta menos cierto que esta incorporación coexiste prácticamente desde su inicio con las “llamadas de atención” acerca de los posibles riesgos que conlleva para éstas el consumo de ficciones noveladas que, según la ideología patriarcal, tienden a desviar su conducta y sus sentimientos a imitación de los modelos literarios, lo que puede constituir un claro peligro tanto para su honestidad como para su equilibrio mental. En este sentido, se puede recordar, como ejemplo paradigmático, el de Isidora Rufete, protagonista de la novela *La desheredada* de Benito Pérez Galdós, quien va configurando a través de su afición a los folletines una

(desde el *Don Álvaro* del Duque de Rivas y *Un drama nuevo*, de Tamayo, a los dramas de Echegaray o el *Juan José*, de Dicenta, las piezas cómicas de Vital Aza, la zarzuela o el llamado “género chico”) [Pérez-Rioja, José Antonio, “Introducción: Panorama histórico de la lectura”, *Panorámica histórica y actualidad de la lectura*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Rupérez, 1986, p. 95].

⁴³ Hooock-Demarle, Marie-Claire, “Leer y escribir en Alemania”, *Historia de las mujeres*, dir. Georges Duby y Michelle Perrot, IV, *El siglo XIX*, p. 171.

⁴⁴ “Las inversiones del editor como pago a los autores se hacían también por entregas, sin que la obra estuviera concluida, y también en partidas se iba presentando a la censura y al mismo ritmo se imprimía para su venta. Así, el editor no tenía necesariamente que desembolsar los derechos de la obra completa. Si a ello se le añade la suscripción, el negocio de las entregas se presentó como la estrategia editorial más ventajosa” [Martínez Martín, Jesús A, “La edición artesanal y la construcción del mercado”, *Historia de la edición en España (1836-1936)*, p. 66].

historia fabulosa en la que llega a creerse heredera de un título nobiliario. Este personaje galdosiano acomoda, a semejanza del Quijote cervantino, la realidad a una febril imaginación conformada por la literatura.

Conviene recordar igualmente que esta actitud proteccionista derivaba de la consideración de la mujer como un ser débil e influenciáble, a quien convenía proteger, sobre todo, de cualquier esfuerzo intelectual innecesario ya que, según afirmaban teóricos como Nicholas Cooke, "la sustancia del cerebro masculino tiene más consistencia, más densidad; en la mujer es más suave y menos voluminosa"⁴⁵. Corrientes de pensamiento que fueron seguidas de cerca en España por personajes como Norberto González, quien manifiesta abiertamente: "Todo el mundo sabe que el cerebro de la mujer, fisiológicamente considerado, es inferior al del hombre"⁴⁶.

Así pues, no resulta de extrañar que abunden a lo largo de todo el siglo XIX discursos en los que se advierte de posibles peligros, a la vez que se trata de dirigir el cauce de las lecturas femeninas⁴⁷, actitud que en no pocas ocasiones sería compartida por las propias mujeres desde una asunción interna de la ideología dominante con respecto a su condición⁴⁸, y que generaría artículos como éste de Concepción Gimeno de Flaquer, en el que leemos la siguiente admonición:

La influencia de la novela en la imaginación de la mujer puede ser benéfica o nociva: si la novela se propone como único fin sorprender su imaginación con el relato de sucesos maravillosos, no cumple su misión, y no hay que esperar de ella ningún resultado provechoso; pero si la novela se propone levantar los sentimientos de la mujer hacia todo lo noble, ensalzando la virtud, haciendo odioso el vicio y corrigiendo las pasiones desbordadas, serán inmensas las ventajas que reporte.

⁴⁵ Cooke, Nicholas Francis, *Satan in Society* (h. 1870). Apud Dijkstra, Bram, *Ídolos de perversidad. La imagen de la mujer en la cultura de fin de siglo*, trad. Vicente Campos González, Madrid/Barcelona, Debate/Círculo de Lectores, 1994, p. 169.

⁴⁶ González, Norberto, "Las mujeres doctoras", *Almanaque del Diario Córdoba*. (1882), s.p. Apud Correa Ramón, Amelina, "A la búsqueda de una voz propia", *Cuentos de mujeres. Doce relatos de escritoras finiseculares*, ed. Amelina Correa Ramón, Madrid, Clan, 2000, p. 11.

⁴⁷ Simultáneamente, y como no podía ser de otra manera, se trató de dirigir las lecturas de las futuras mujeres, es decir, de las niñas y jovencitas. Así, entre otros, surgieron títulos como Martínez Alcubilla, Indalecio, *El diamante de las niñas: libro de lectura para señoritas en los Colegios y Escuelas de primera enseñanza*, Madrid, Espinosa y Bautista, 1878; Fornari, Pasquale, *La buena Juanita: Principios de lectura para niñas*, Arregl. Saturnino Calleja Fernández, Madrid, [Félix Moliner], s.f. [1898], o su continuación: *Una niña modelo o La perla del hogar: principios de lectura para niñas*, Madrid, Saturnino Calleja, s.f.

⁴⁸ En este sentido, cf. el siguiente ejemplo, escrito por Sofía Tartilán, que fue directora de la revista femenina *El Álbum del Tocador* durante su primera etapa: "En la elección de buenos libros, de los fieles amigos de todas las edades, es en donde más se distingue el delicado tacto de la mujer, y sobre todo de la madre de familia; porque los buenos libros ayudan a formar el corazón, desarrollando en él los instintos generosos, que son el más rico patrimonio de la primera juventud, así como las lecturas perniciosas pueden forcer las ideas y secar las fuentes del sentimiento, y nada es tan triste como ver una alma joven y gastada por la desconsoladora filosofía de las malas lecturas" [Tartilán, Sofía, "Revista quincenal", *El Correo de la Moda* (19 de abril de 1872)].

La novela es una espada de dos filos, que bien esgrimida defiende; pero que manejada por torpe mano asesina⁴⁹.

En líneas generales, se puede afirmar que la diversidad temática inherente a las novelas despertaba considerables recelos, y que se miraba con abierta prevención el libre y mayoritario acceso de las mujeres a éstas, mientras que, por el contrario, se recomendaban de manera insistente aquellos títulos que compatibilizaran el inocente entretenimiento con el didactismo utilitario⁵⁰. Proliferaron así toda una serie de obras que tenían como objeto el aprendizaje de los diversos aspectos relacionados con lo que se juzgaba su ámbito natural, es decir, la domesticidad.

El *ángel del hogar*, que se considera el modelo de mujer decimonónica⁵¹, debía leer manuales de organización doméstica o de primeros auxilios, libros de higiene femenina e infantil, recetarios de cocina, etc. En este sentido, se pueden recordar textos como *Banco de Previsión o Consejos á las madres de familia que quieran asegurar el bienestar de sus hijos* (1832)⁵², *La dama elegante. Manual práctico y completísimo del buen tono y del buen orden doméstico* (1880)⁵³ o *Higiene infantil* (1885)⁵⁴, entre otros muchos.

Igualmente útil se estimaba la lectura de los numerosos escritos que pretendían codificar las relaciones sociales, la conducta, la urbanidad, etc., entre los que se podían encontrar manuales como los siguientes: *Reglas de urbanidad para uso de las señoritas* (1859)⁵⁵, *El buen gusto en el trato social y en las ceremonias civiles y religiosas* (ca. 1890)⁵⁶, *La elegancia en el trato social: reglas de etiqueta y cortesanía en todos*

⁴⁹ Gimeno de Flaquer, Concepción, "Influencia de la novela en la imaginación de la mujer", *El Álbum Ibero-Americano* (30 de marzo de 1892), p. 134.

⁵⁰ En relación con el tema de la amplísima difusión de libros didácticos durante todo el siglo XIX, en un ámbito general y no estrictamente femenino, cf. Fernández, Pura, "Lecturas instructivas y útiles [Siglo XIX]", *Historia de la edición y de la lectura en España 1472-1914*, p. 677.

⁵¹ Cf., por ejemplo, en el terreno de las artes plásticas, el tríptico de George Elgar Hicks titulado *Woman's Mission* (1863), compuesto por los óleos "Guide to Childhood", "Companion to Manhood" y "Comfort of Old Age", pudiéndose ver en este último que "la mujer, sentada junto a su padre inválido, le prodiga tiernos cuidados; lleva un libro en la mano, lo que indica probablemente que ha estado leyendo en alto para distraerle" (Mayayo, Patricia, "Imágenes de mujeres", *Historias de mujeres, historias del arte*, Madrid, Cátedra, 2003, p. 155). Así, "en los tres cuadros de la serie, la protagonista aparece retratada como una mujer joven: su vida se congela en el momento más propicio para que pueda representar los tres papeles propios de "la misión de la mujer"; es el discurrir de la vida del hombre a través de sus etapas principales (niñez, madurez y vejez) la que determina [...] el propio concepto de respetabilidad femenina" (*Ibidem*).

⁵² *Banco de Previsión o Consejos á las madres de familia que quieran asegurar el bienestar de sus hijos*, trad. Mariano de Rementería y Fica, Madrid, Imp. Pedro Ximénez de Haro, 1832.

⁵³ Sinués, María del Pilar, *La dama elegante: manual práctico y completísimo del buen tono y del buen orden doméstico*, Madrid, Lib. A. de San Martín, 1880.

⁵⁴ Jerez Perchet, Augusto, *Higiene infantil*, Barcelona, Lib. de Juan y Antonio Bastinos eds., 1885.

⁵⁵ Beltrán de Lis, Fernando, *Reglas de urbanidad para uso de las señoritas*, Valencia, Imp. Julián Mariana, 1859. Facsímil: Valencia, Lib. París-Valencia, 1995.

⁵⁶ Dufaux, Ermance, *El buen gusto en el trato social y en las ceremonias civiles y religiosas*, trad. Miguel de Toro y Gómez, 2ª ed. París, Garnier, ca. 1890.

los actos de la vida (1898)⁵⁷ o *El Ángel del Santuario. Obra distribuida en tres partes: Virtud, Ciencia, Trato Social* (1899)⁵⁸, cuyos elocuentes títulos permiten enlazar con otro sector temático que se consideraba tradicionalmente permitido y recomendable, y que estaba constituido, claro está, por los textos de carácter religioso⁵⁹: devocionarios, misales, cuadernos de ejercicios espirituales, vidas de santos y novelas ejemplarizantes⁶⁰, como la *Fabiola* (1854) del sevillano Cardenal Wiseman, *Ben-Hur* (1880), de Lewis Wallace, o la posterior *Quo vadis?*, (1896) de Henryk Sienkiewicz.

Por otro lado, las numerosísimas publicaciones periódicas destinadas a este nuevo público lector⁶¹, fundadas y dirigidas por mujeres en un elevado número de casos, seguirían mayoritariamente esta línea que promueve la máxima horaciana de *instruir deleitando*, y siempre tenderán a respetar los contenidos y asuntos que la sociedad estima acordes con el prototipo de feminidad establecido. Sus propios títulos resultan especialmente demostrativos de esto: *El Ángel del Hogar*, *El Correo de la Moda*, *La Canastilla de la Infancia* y *La Ilustración de la Mujer*, en Madrid; *El Álbum de las Bellas*⁶² y *El Ramillete de las Damas*, en Sevilla; *La Madre de Familia*, en Granada, etc⁶³.

⁵⁷ Barrantes, Vizcondesa de, *La elegancia en el trato social: reglas de etiqueta y cortesanía en todos los actos de la vida*, 2ª ed. corr. y aum., Madrid, A. P. Guillot y Cía., 1898.

⁵⁸ Sacrest, Esteban, *El Ángel del Santuario: obra distribuida en tres partes: Virtud, Ciencia, Trato social*, 2ª ed. corr. y aum., Vich: Tip. Católica San José, 1899.

⁵⁹ Cf. Simón Palmer, M^a Carmen, "Libros de religión y moral para la mujer española del siglo XIX", *Primeras Jornadas de Bibliografía*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1977, pp. 355-386.

⁶⁰ "Junto a la Biblia, el catecismo y el devocionario son considerados los libros católicos por excelencia, frecuentemente casi los únicos libros del cristianismo. De acuerdo con la doctrina oficial, son asimismo juzgados indispensables: los Evangelios, misales, libros sobre educación católica, libros de piedad y vidas de santos, el libro de cánticos de la diócesis... Pero también en una Biblioteca cristiana podían tener cabida ciertos libros moralizantes y formativos: relatos de viajes, memorias, biografías e incluso ciertas novelas juzgadas "honestas", ya que para la Iglesia no puede haber literatura "neutra". En cuanto a las denominadas obras de edificación, debe subrayarse su gran variedad y abundancia dentro de la edición católica" [Sánchez Illán, Juan Carlos, "La edición del libro religioso", *Historia de la edición en España (1836-1936)*, p. 366].

⁶¹ Cf. Simón Palmer, M^a Carmen, "Revistas españolas femeninas en el siglo XIX", *Homenaje a don Agustín Millares Carlo*, Las Palmas de Gran Canaria, Fondo para la Investigación Económica y Social de la Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1975, I, pp. 401-405.

⁶² Acerca de esta curiosa publicación periódica sevillana editada a mediados del siglo XIX existe un estudio de Palenque, Marta, "La prensa femenina en la Sevilla del siglo XIX: *El álbum de las bellas* (1849-1850)", *Estudios en honor de Luka Brajnovic*, Pamplona, Eunsa, 1992, pp. 629-646, en el que pone de relieve que, paradójicamente y a pesar de elegir un título que parece privilegiar la belleza de la mujer sobre cualquier otra posible característica, la revista promovería la necesidad de extender la educación femenina, si bien no dejaba de juzgar primordiales las virtudes morales por encima de cualquier otra consideración, cual era el uso habitual de la época: "La belleza, la instrucción y la virtud... En vano intentará la mujer elevarse a la altura a que debe aspirar, si no la adornan las dos últimas cualidades. La belleza física logra hacer sólo hermosas estatuas: la instrucción, y sobre todo la virtud, logran hacer ángeles" [Beñavides, José, "La mujer", *El álbum de las bellas*, 1 (1849), p. 6].

⁶³ M^a Carmen Simón Palmer aporta el dato significativo de que "Además de las escritoras del momento más populares, todos los autores importantes de la época: Galdós, Frontaura, Hartzbusch, Pedro A. de Alarcón, Ayguals de Izco, colaboraron en alguna de las cien publicaciones femeninas aparecidas en toda España" ("La mujer lectora [Siglo XIX]", *Historia de la edición y de la lectura en España 1472-1914*, p. 751).

Pero si bien es verdad que muchas mujeres, probablemente condicionadas por las circunstancias, aceptaron el dirigismo paternalista en sus lecturas y una merma en las temáticas que se juzgaban *naturalmente* femeninas, otras se rebelaron, o cuanto menos manifestaron de uno u otro modo su disconformidad y su profunda desazón, evidenciando en muchos casos el drama de una dolorosa dualidad que enfrentaba la imagen que la sociedad les demandaba con la imagen real que tenían de sí mismas. De esta oposición frontal surgirán lúcidas, aunque desgarradas reflexiones como las de Rosalía de Castro, una de las plumas más valiosas de las letras españolas del siglo XIX, que en 1880, al comienzo de su obra *Follas novas*, exclama:

Daquelas que cantan as pombas i as frores,
todos din que teñen alma de muller,
pois eu que n'as canto, Virxe da Paloma,
¡ai!, ¿de que a terei?⁶⁴

Contra los contenidos sensibleros, florales, ligados con la maternidad y añados que la imaginería romántica había consagrado como prototípicos de su género, se rebelará igualmente Emilia Pardo Bazán, quien, comprendiendo en toda su dimensión la íntima relación entre educación y cultura, de las cuales se privaba a la mujer, reivindicará con valentía la necesidad de un acceso libre a la instrucción educativa, a la vez que denuncia que:

... en literatura se le ocultan, prohíben o expurgan los clásicos, y se la sentencia al libro azul, el libro rosa y el libro crema; y de todas estas falsedades, mezquindades y miserias sale la mujer menguada y sin gusto, con el ideal estético no mayor que una avellana⁶⁵.

A la voz de Emilia Pardo Bazán se sumarán las de quienes denuncian de igual modo la intolerable postergación que padece una mitad de la población y el proteccionismo, cuando no la franca censura, que coarta su acercamiento a la cultura. En muchas ocasiones, se trata también de escritoras que viven el problema de manera especialmente personal e íntima. Es el caso, por ejemplo, de la sevillana Blanca de los Ríos, quien afirma:

La mujer que escribe es, para la generalidad de las gentes, un caso inaguantable de chifladura o pedantería. El ideal es que las señoritas no sepan nada de nada, fuera de tocar la Rapsodia húngara y cantar las Romanzas de Tosti⁶⁶.

Así pues, la toma de conciencia acerca de la preocupante carencia educacional y cultural femenina y del profundo condicionamiento que sufren en la elec-

⁶⁴ Castro, Rosalía de, "Vaguedás. I", *Follas novas. Obras completas*, ed. Marina Mayoral, Biblioteca Castro, Madrid, Fundación José Antonio Castro/Turner, 1993, p. 277.

⁶⁵ Pardo Bazán, Emilia, *La mujer española y otros artículos feministas*, Sel. y prolog. Leda Schiavo, Madrid, Editora Nacional, 1976, p. 90.

⁶⁶ Ríos, Blanca de los, *La Correspondencia de España*, (16 de febrero de 1911).

ción de sus lecturas, que las siguen postergando a un ámbito doméstico y confinándolas al predestinado papel de esposa y madre, va a partir fundamentalmente de estas escritoras, que ven duplicarse la discriminación que padecen por una parte de la sociedad por razón de su sexo y por su dedicación al mundo de las letras, y todo ello en una esfera, la de lo público, considerada hasta entonces privativa del varón. Porque es un hecho que "la sociedad española del siglo XIX e incluso de los primeros años del XX, no acepta a la mujer que escribe y lo más que llega es a perdonarla el que haga obras consagradas a temas insustanciales y dentro de la órbita familiar"⁶⁷.

En efecto, hasta bien avanzado el siglo XX se mantendrá todavía esa visión limitada y sojuzgadora, y derivada de ésta, una posición intensamente preventiva ante la posibilidad del libre acceso de las mujeres a la enriquecedora cultura que viene de manos de la literatura. Sin embargo, durante muchas generaciones algunas voces minoritarias -en número creciente, según transcurrían los años- fueron capaces de vislumbrar horizontes más amplios para sus semejantes del mismo sexo, aun conscientes de que se trataba de un proceso emprendido a largo plazo, donde cada pequeño logro conseguido resultaba en cierta medida una victoria.

En este sentido se puede recordar también un hecho significativo, que será recibido como un triunfo en los primeros años del siglo XX, cuando se promulguen en un corto espacio de tiempo dos Reales Órdenes⁶⁸ (1910) que autorizan por fin a las mujeres, por un lado, a cursar estudios universitarios sin necesidad de un permiso expreso, y por otro, a desempeñar posteriormente una vida profesional. Entre quienes saludaron con optimismo este gran paso en su acceso al conocimiento se encuentra el nombre de la también escritora Cándida López Venegas⁶⁹, quien, con una mentalidad realista, añade una lúcida reflexión, sabedora del fuerte peso que la tradición hace recaer sobre ella y sus contemporáneas, y de que sólo a través de un largo proceso y con el concurso imprescindible de la anhelada educación y de la cultura se podría alcanzar finalmente la igualdad:

Pero lo mismo que los grandes inventores, no pueden ceñir a sus sienes la corona del completo triunfo, así las mujeres de esta generación no podremos (salvo

⁶⁷ Simón Palmer, M^a Carmen, "Mil escritoras españolas del siglo XIX", *Crítica y ficción literaria: mujeres españolas contemporáneas*, ed. Aurora López y M^a Ángeles Pastor, coord. Celia del Moral Molina y Teresa Ortiz Gómez, Granada, Universidad de Granada, 1989, p. 44.

⁶⁸ "Real Orden de 8 de marzo de 1910", *Gaceta de Madrid* (9 de marzo de 1910), pp. 497-498 y "Real Orden de 2 de septiembre de 1910", *Gaceta de Madrid*, (4 de septiembre de 1910).

⁶⁹ Cf., en relación con esta autora prácticamente desconocida, Correa Ramón, Amelina, "López Venegas, Cándida (Violante)", *Plumas femeninas en la literatura de Granada (siglos VIII-XX)*, *Diccionario-Antología*, Granada, Universidad de Granada/Diputación de Granada, Área de Mujer, 2002, pp. 266-273; y "Cándida López Venegas (1882-1956): un nuevo ejemplo de dualidad escindida en la historia oculta de las letras femeninas", *Andalucía y las Américas: crisol de mestizajes. Actas de la XXII Asamblea y Congreso General de ALDEEU*, ed. Wenceslao Carlos Lozano y Antonio Pamies Bertrán, Granada, Método, 2003, pp. 45-54.

rarísimas excepciones) aprovechemos de las ventajas justas de ese decreto; ni aun de otros complementarios que la misma equidad reclama. [...].
Queda aún por hacer esa renovación educativa sin la cual son letra muerta las leyes; mas como decía Chateaubriand, es ley general que quien siembra el laurel, no puede descansar a su sombra⁷⁰.

⁷⁰ López Venegas, Cándida, "La enseñanza de la mujer. Un decreto importante", *La Alhambra* (Granada), XIII, 301 (30 de septiembre de 1910), p. 422.